

LA SOSPECHA

## LA SOSPECHA

---

—Esta noche vendrá al fin, señorito Pepe. Usted se la lleva... Y que es un bocado rico la mocita.

--Bien, brava Candelas; tú sabes que mi bolsa no tiene la boca estrecha, ni de premio-so abrir... Tú lo sabes ya.

Y la cara brujil de la vieja, bajo la lengüecilla del candil picudo, reanimado momentáneamente al vivo hurgonear de un alfiler desprendido del pañolete negro, ya verde, que cruza su pechejo enjuto, se rompió en una risa de su boca sin dientes, grotesca, avariciosa y calofriante.

Tras la risa se hizo un corujo talmente ante el grana limpio de un rescoldillo que avivó, pródiga de serojas y roñas chasqueantes, en honor del jaque galán, y el jaque arrastró hasta el hogar solero una silleta baja de espadaña.

La casuca pobre, habitada sólo por el matrimonio viejo, era la avanzada hacia el río de aquel pueblo antiguo, grandullón y tranquilo, que formaba su compacidad de casas barrocas, iguales, pesadas, unos metros atrás. Era como si, curiosa de la linfa clara del agua rezadora en la hondada, hubiérase asomado á la rompiente declivosa, trágica en que allí quebraba el suelo, para advertir á sus compañeras, medrosicas y unidas, el peligro de expandirse hacia allá, si un buen momento cualquier espíritu audaz, mil años esperado, metiera en la urbecilla un sano desentumecedor deseo de acrecerse.

Y realmente su cualidad de destacada le daba otros privilegios, no el menor esta grata independencía encubridora del tráfico discreto y lucrativo á que su dueña, hábil y cuidadosa de un mañana problemático, de-

dicábase á las veces cautamente... Cautamente y sin que ni el aire sospechara.

Y en más de dos ocasiones este Pepe, galán espléndido, y otros de la misma laya —que estos enamorados hacen dulce la ruma de los achaques traídos consigo por la edad á ciertos viejos precavidos y liberales con la guapeza de los largos de bolsillo— gustaron, escalera arriba de esta humildad de cocina, en espera hoy del paso medroso de una mocita decidida al descarrío, la fruta agridulce, gratamente agridulce de algunos labios no iniciados.

La cocina tenía un cuarterón abierto á una cuadra medianera. Candelas le cerró en previsión, y su frase era un bisbiseo medroso, tajante, de expresión complementada por el brillo acerino de sus ojos hundidos, jugados á la vez que la boca, sumida también, con viveza conejil.

—No cierro, porque estará al caer mi Amalio del pinar; entornaré la hoja de arriba... Ella luego ya sabe.

Casi inacabado el decir de la vieja, un chireo doliente de los goznes herrumbrosos de-

nunció en el crepúsculo callado la presencia de alguien, inevitable.

Pepe retrocedió en la silla instintivamente. A la vez encuadró el hueco de la puerta la figura amojamada de un viejo de cara negruzca, intonso de días, de mirar astuto, tocado con una boina diminuta, y asomando entre la manta terciada el redondel brillante de una chapa de guardería. El tío Amalio.

—Yo también me había asustado ¡Jesús! —dijo la vieja.

Y Pepe, repuesto, alargó al tío Amalio un cigarro de una pitillera, mientras, con cachaza, el viejo sacaba de entre la manta un escopetón que colocó á la rinconada.

—Vengo rendío.

La tía Candelas le tomó la manta, desapareció, cerró las dos hojas de la puerta que volvieron á chirrear como en una queja, y entró de nuevo con una jarrita blanca, vidriada, de viras azules, llena de vino.

El tío Amalio removi6 con las tenazas el rescoldo, alzando un triunfo de chispas alegres, sacó del fondo una brasilla pequeña como un carbunco, y encendió guiñando

acentuadamente y avanzando el labio cenecio inferior hasta lo posible, el cigarrillo, cambiado el papel con ceremonia.

El ni entraba ni salía en estas trapisonda8 que la astucia de su mujer urdía con tanto éxito aunque prestara á ellas su aquiescencia pasiva. Tuvo siempre un alto concepto de su misión de marido que no debe entrometerse ni salirse de su jurisdicción, y á estos trotes de su costilla él llamaba entre compasión y desdén, cuando hablaba con sus rumbosos huéspedes de altas horas, «cosas de la mujer».

Por eso, ahora, después de quejarse del hormiguillo que le anunciaba en las cansadas rotulas un cambio de tiempo con orientación á lluvias que no se harían esperar, refocilándose en un chasqueo seco de su lengua refrigerada con el doradillo de la jarra,

—¿Qué traes bueno por aca?—habló quedo.

Y el señorito riendo de antemano la agudeza,

—Tía Candelas es quien lo ha de traer. Y cosa buena, digo si es...

Y rió, á la vez que rió satisfecha y con modestia la vieja pícara que se encogía, ya oídos toda, en otra silleta acercada al grato lar chisporroteante.

Sobre aquella conversación de noviazgo flotaba como un halo triste, desconcertador, que acejillaba las palabras.

Martín, el mozo rudo, guapetón, hombre sencillo, de bien, no acertaba con la causa, y frente á Paulina, como en una interrogación, se torturaba en vano, y en su frente de cobre ensayaban á trazar definitivamente unos surcos de zozobra las líneas blancas apenas insinuadas bajo todos los soles de todos los estíos en las eras doradas, al cierzo de todos los inviernos apoyado en la mance-  
ra, y cara á las aguas y á las auras y á las tormentas en toda estación del año.

El no había conminado con ningún desaire ni menos incumplimiento de fidelidad cerca de su novia, aquella nube desagradable que sobre la pareja se cernía en amenaza.

¿Sería flaqueza en la pasión que mil ve-

ces le pintó sin elegancia de palabra, claro, pero con el corazón á flor de su boca?

¿La amilanaría ¡á la pobre! esta dura circunstancia de pasar en su casa por la tristeza de ver *con los brazos cruzados* á su padre, en esta época de escaseces proletarias?

A todas las sospechas, á todas las conjeturas enunciadas con amor, contestó Paulina opacamente, con el cuidado de no dejar en un suspiro que pugnaba por escapársela—de inquietud, de íntimo remordimiento—cualquier clarividencia que pudiera ser índice del torturado, sencillo cavilar del moza-  
llón.

Y aquel avanzado anochecer se despidieron, ella con el suspiro ahogándole,—de inquietud de íntimo remordimiento—y él con la tortura de escudriñar en la preocupación de Paulina, y sin dar con la causa, desde su sencillez.

La muchacha dobló el recodo de la calleja secular donde abría en un fondo de blancura inmacula la puerta de su casa, una puerta

de hojas rudas, consteladas de clavones brillantes, de esas que batida la bajera queda como en antepecho, la de arriba franca, y en guisa de abrirse desde la calle el aldadón de la bajera... Dobló bajo un mundo de miedos y reproches á su propio cavilar, asustada un momento en su maldad, otros, valerosa de un valor que ella no sabía de donde sacaba, y antes de alzar la cabeza hermosa y ver su puerta, se dijo decididamente: «¡Iré!».

...Después la corrió toda un calofrío.

Se alongaba la espera.

El tío Amalio, en una de sus tranquilas libaciones, descubrió en toda su amplitud el asiento blanco, redondo, de la jarra. Después cabeceó y se dispuso á levantarse.

—Estoy entumecido. ¡Picara pierna!

Y renqueante, desperezó los músculos, mientras saludó adormilado:

—Buenas noches... Yo me voy á la cama.

—Adiós, descansar.—correspondió Pepe, alargándole á la vez un cigarrillo que el viejo se puso tras una oreja.

Salvado el dintel de la puerta por el tío Amalio, el viejo guarda de los pinares del término, volvió la cocina á sumirse en el silencio. Le rompía únicamente cualquier chispa que se emancipaba del rescoldo sereno con un estallidito y en un caprichoso giro de libelula, para morir instantáneamente apenas posada su rojez.

En el candil, habíase empequeñecido la lengua luminosa hasta tomar una forma de pepita grosezuela de melón, un poco encendida. Y en la base de la torcida, el pábilo semejaba una escarapelilla sangrienta.

Como contagiados del silencio, la tía Candelas y Pepe diríanse petrificados en sus sillas. De vez en vez comunicaba la vieja picara al señorito el recelo naciente de ver ineficaces sus hábiles gestiones—pues la moza tardaba,—en un rápido pestañeo de sus ojos sumidos y brillantes hasta el misterio.

A Pepe le iluminaba de frente la brasa granada del hogar encendido, prestando á su cara morena de bigote negro, poblado, semi-enhiesto, una extraña coloración cuprorrojiza y robando á su siniestra al jugar con el

cigarro algún destello vivo preso en el facetado diamante de su meñique.

Paulina se destacó en el cuadro de la puerta, lívida, trocada su color de siempre, sano, de rosa, apetitoso, en un color de mármol sucio empujado á su tez fina por la lucha de temores y recelos que se libraba en su corazón de virgen.

Había llegado hasta la casuca aislada, solitaria, como en un abandono tácito de sus vecinas las casas del lugarón, sin conciencia, arrastrada por no sabía qué inexplicables compromisos que la ataban en deshonor con la vieja Candelas—en mal hora escuchada aquel amanecer al ir á coger agua de la fuente reidora y en aquel momento solitaria de testigos—á quien se creía vendida.

¿Por qué ella concedió ni un ápice á la vieja zorra?

Y lloró y lloró, y casi perdió carnes en la caminata de calvario.

La tía Candelas se levantó sin ruido, chapó la puerta de calle y dejó solos á los mo-

zos. Era una discreta y astuta vieja zurcidora de voluntades que sabía el secreto de no ser inoportuna.

Y la moza tembló, loca de terrores, entre los brazos amorosos del mancebo.

Súbito chapeóse su espíritu de violencias y resurgentes dignidades en aquel potro de tortura al que nadie, en totalidad de cuentas, la llevó arrastra, y se rebeló en lucha y en inminente amenaza de escándalo.

Estaba bellamente trágica, los ojos rútilos, con siniestro brillo de navajas finas, la tez igualmente morena, sin rosa en las mejillas, la línea de la boca, hecha para besos de amor, en rictus enigmático, pronta al mordisco de sus dientes, iguales, menudos, albisimos, y dos crenchas, despeinadas en la pelea con el macho nervioso, acariciante, tomado inesperadamente de un extraño pavor, semejaban, cruzando el rostro mozo de Paulina, jirones desprendidos en lucha de aquel negro casco que se le enmarcaba armónicamente: del casco ebanil de su cabello abundoso...

De los labios del majó habían huído las pa-

labras de mentido cariño y las palabras de oferta y de confianza con que pensara acallar y seducir á la muchacha.

Se arrepintió un instante de aquel proyecto de conquista, pero simultáneamente fué ganado su rostro de una llamarada de orgullo, de dominio, é imperioso señaló á Paulina una puerta que abrió con solemnidad, y se fué á ella como un triunfador.

De vencida, no; de todas las iras y todas las varonías paradójicamente concentradas en un alma de muchacha al pie de la caída, el grito, el alarido que acompañó á su arremeter contra el mazo fuerte y forcejeante taladró la paz de los espacios escapándose de la casuca y heló con todos los terrores á Pepe, y plantó imponiendo silencio en la cocina á la tía Candelas.

—¡Fuera, vete, mala pécora! Me pondrás en lenguas, loca, loca! — y precediéndola abrió á la noche silenciosa las dos hojas chirreantes de la puerta, y salió la virgen metamorfoseada en símbolo de todas las tragedias y todos los arrebatos.

Y se esfumó en la noche helada.

Un paréntesis breve de postración devolvió al galán todas sus fachendas y resumió sus pensamientos.

—Si hoy no ha sido, otro día será—se dijo, despidiéndose de la tía Candelas.

La noche era un templo sublime de silencio y de inmensa calma. No muy clara, en el azul emplomizado á trechos rutilaban vivas las mil luminarias lejanísimas, colgadas en el misterio misteriosamente; la Luna parecía un lampadario de plata, y rito religioso de este templo era el rezo del río que abajo en la hondonada seguía su plegaria eterna, quién sabe por qué almas atectas, su eterno eucologio interminable.

Dijérase que no era, que no pudiera ser aquel templo doselador, de ideas de muerte. Y sin embargo...

De vuelta apenas la esquina blanca de la casuca dejada, Pepe el señorito, vió ante sí ingente, inesperado, alzarse un hombre de-



cido. Intentó reponerse. A la vez reconoció. Era Martín.

Martín que, bravamente, por una sana vehemencia que no sabía de reflexiones, iba á cobrar en venganza lo que suponía arrancado de su corazón con villanía.

Y un momento los dos hombres, fuertes y jóvenes, en un abrazo, fueron un solo monstruo y un solo crujido y una sola blasfemia, y mentían los embates de la lucha oscilaciones postreras de dos vidas enemigas que amenazan hundirse en la brutal, forzosamente fraternidad de un abrazo de odio.

Y al fin se rompió el abrazo, y al murmurio de plegaria del río, ahogó, profanándole, un chapoteo sordo, que repercutió en la quebradura trágica huecamente en el silencio.

Mientras un hombre, Martín, en interrogación á lo alto siguió, siguió solo y seguido de mil sombras de remordimiento y de mofa y de sospechas—canes acorraladores— el camino de mil trazas abierto ante su alma por la desdicha de un amor que él ignoraba heroico y mártir, y un instante se le presen-

tó en falso espejismo como un desdichado amor de afrenta.

.....  
La noche, después, amortajó este drama humanamente, con una mortaja de silencio...

Y el río reanudó su eterna plegaria, su rezo monocorde, con alientos para siglos...

FIM

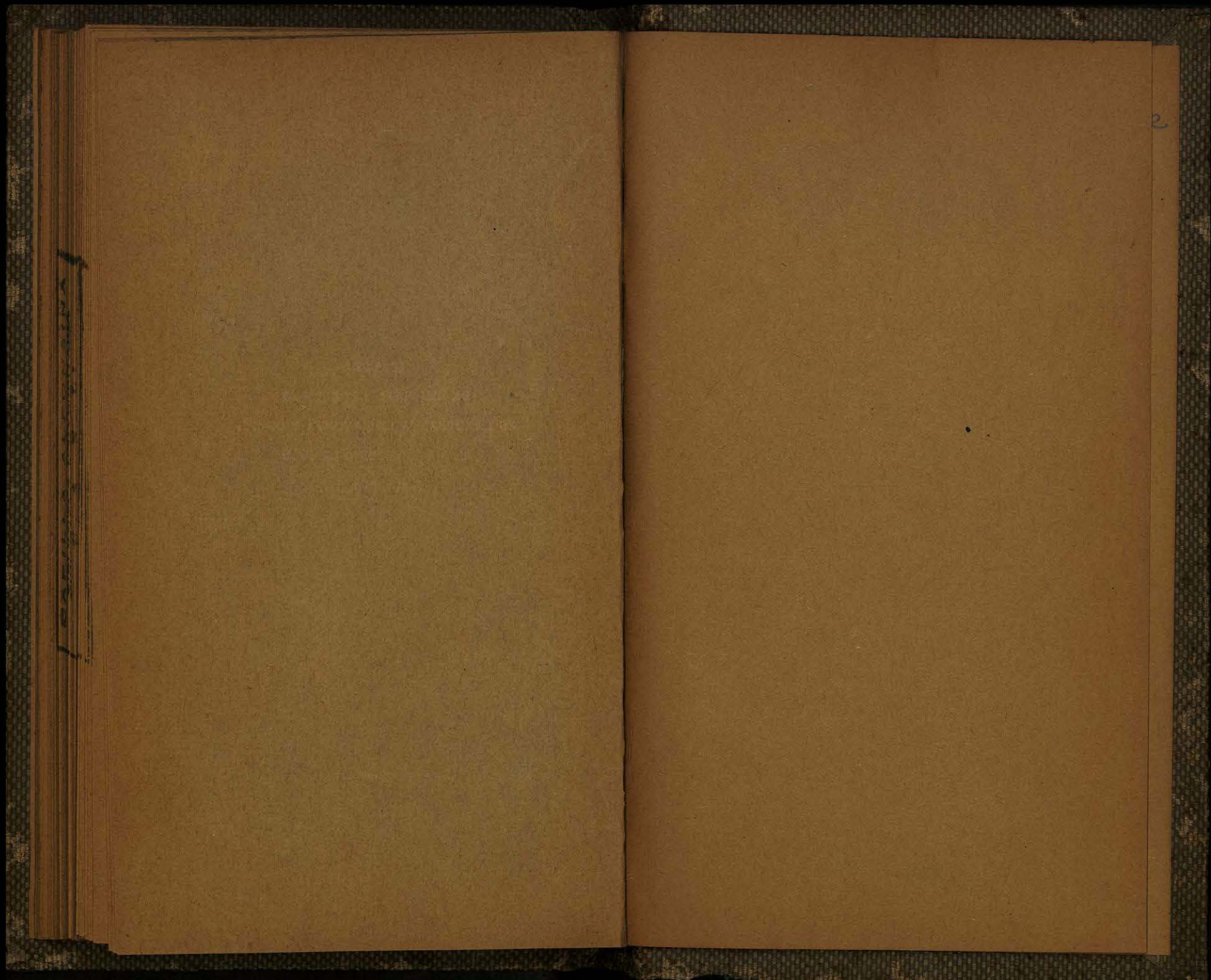
✻  
ACABÓSE

DE IMPRIMIR ESTE LIBRO  
EN LA IMPRENTA DE LAYUNTA Y COMP<sup>ª</sup>.

EL DÍA 8 DE JUNIO DE 1910

MADRID.

✻



2



